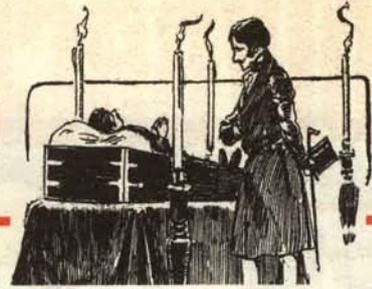


AUSA DE TODO MAL



EL SANTO MATRIMONIO

No hay más que mirar el mapa para comprobar que allí donde está establecido el divorcio la gente es muy desgraciada. En los países civilizados cuando uno se siente casado hasta el cuello coge los papeles, los rompe como se hace con la baraja y en un santiamén se descasa. Pero, claro, después viene en seguida el pecado mortal y con el pecado mortal, según dice el catecismo, viene el infierno. Y esto, amados hijos, es muy grave: calderas de aceite hirviendo, serpientes venenosas que se te meten por el recto, demonios pinchándote las posaderas con el tridente al rojo vivo en herraje de azufre como si uno fuera un novillo de ganadería y todo por no aguantar a la mujer que es una santa o al marido que es un hombre honrado y emprendedor.

Sin embargo hay que reconocer que los que se divorcian tienen una gran vocación de casados porque el divorcio es una confirmación del matrimonio. Está demostrado que nadie se divorcia para meterse en un convento, ni para dedicarse tranquilamente a hacer alpinismo, ni porque uno se aburre mortalmente en casa. Los casados aguantan una barbaridad; se pasan años haciendo el amor sin ganas y dando dinero para la compra; ponen el periódico apoyado en la jarra y leen el editorial aperturista mientras comen las sopas gallo; se calzan las babuchas y son capaces de resistir veinte noches delante del televisor sin hablar. Pero cuando en este páramo de aburrimiento aparece una moza coqueta ante los ojos del honrado varón o en la vida de doña atareada se cruza un joven dinámico y con sed de porvenir entonces el matrimonio, que ha pasado por doscientos mil telefilms sin rechistar o ha soportado doscientas mil caquitas del nene sin una protesta entonces comienza a disolverse para formar en seguida otro hogar donde al poco tiempo va a penetrar el tedio por la ventana hasta que aparezca la posibilidad de fundar otro. Y así sucesivamente.

Pero esto sucede en los países llamados industriales, mal llamados de civilización avanzada. Y basta contemplar el mapa para comprobar que viven en pecado mortal. En nuestro país, en cambio, el matrimonio es una roca. Por eso sencillamente somos felices ahora e iremos al cielo después.

VICENT



LIANOS!

ble, de enviudar, volvemos a casarnos con toda rapidez. ¿Cómo podríamos tener querida, sin estar casados? Hasta para romper el orden hay que estar dentro de un orden. Los italianos han dado el primer golpe de azadón sobre la estructura. Ya me parecía a mí que era mucha ópera napolitana y mucha Fontana de Trevi. Yo me calo hasta los ojos la inmensa boina nacional de Gila y le grito a los italianos que no hay mal que cien años dure, que el divorcio, aunque sea a los noventa y nueve años de matrimonio, es una precipitación. En el fondo de esa decisión mediante urnas hay algo infinitamente sucio y corporal, una inconfesable sed de volver a ser griegos. No, yo no me divorcio, italianos. Rechazo vuestra nefasta invitación. Más honestamente, más modestamente, me suicido. ■ LICANTROPO.

quejan lastimeramente. Su propósito incongruente, señorita/ya está la torca le pongo?». No ha lurrta, frita está. s palabras. Someter la intrimonio a los indignos caecatombe pública que úni- y los españoles podemos ve. Nosotros no solamente que en el caso, poco proba-

